

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1 **La que se hizo amar**, por Marcel Priollet.—
2 **Nada se borra**, por Max Dervieux.—3 **La esposa y la amiga**, por José Baeza Valero.—
4 **El hombre que no servía para nada**, por Jorge Clary.—5 **La falta del hombre**, por René Trotet de Bargis.—6 **Mujeres...**, por Francisco-Mario Bistagne.—7 **Lecciones de la vida**, por Félix Léonnet.

En la selecta Biblioteca «Nuestro Corazón» acaba de aparecer el vigoroso asunto inédito, original de **FRANCISCO-MARIO BISTAGNE**

EL SEÑOR FRANCISCO

Emocionante argumento. Bellísima novela.

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de **UNA PESETA**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 333

25 CTS.



NEGOCIOS
ARRIESGADOS

POR
Vera Reynolds
William Boyd
Biblioteca
de Cate

HALE, Alan

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración } Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 333

NEGOCIOS ARRIESGADOS

(RISKY BUSINESS, 1926)
Sentimental producción, interpretada por

VERA REYNOLDS, ETHEL CLAYTON, WARD
CRANE, KENNETH THOMSON, ZASU PITTS,
etc.

Selección Pro-Dis-Co Selecta

EXCLUSIVA DE

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CLARA BOW

NEGOCIOS ARRIESGADOS

Argumento de la película

No hay que contar con los pollitos hasta que salgan del cascarón, ni con los yernos hasta que salgan de la Vicaría.

Esta verdad no la tenía en cuenta la señora viuda de Stoughton, mujer ambiciosa que confiaba en el palmito de su hija Cecilia para cazarle un buen partido, a fin de no tener que preocuparse más, en lo que le restaba de vida, del cocido y la modista.

No ignoraba la viuda que los maridos caen, como llovidos del cielo, cuando menos se piensa, pero ella no estaba dispuesta a esperar, y, en su afán de arreglar a la medida de sus deseos el futuro, había buscado a Cecilia un novio ideal.

Ricardo Coultts era el elegido. Poseedor de una considerable fortuna, despilfarraba

el dinero de fiesta en fiesta, despreciándolo porque no sabía lo que a los otros cuesta ganarlo.

Inútil decir que la señora Stoughton no se fijó, al escoger a Ricardo, en sus condiciones morales, sino en su estado monetario.

A ella no le interesaba otra cosa que la parte efectiva, importándole un pepino la afectiva.

Pero Cecilia no era como su madre.

La jovencita era una ingenua adorable imposible de olvidar después de tratada.

Su corazón era suyo y jamás lo vendería al mejor postor, sino que lo entregaría íntegro al corazón gemelo que viniera a reclamárselo, por pobre que fuese.

Aquella noche, mientras Cecilia terminaba su "toilette" de calle ante su fiel amigo el espejo, la señora Stoughton vino a hacerle compañía... para decirle algo importante para ella.

Acababa de llegar el yerno ideal, dispuesto a llevarse a cenar a Cecilia, y la viuda veía cada vez más cercano el momento de la deseada boda, que tantos beneficios había de proporcionarle.

Cuando Cecilia estuvo lista, su madre, mimosa, le dijo:

—Hija mía, me parece que Ricardo quiere decirte alguna cosa muy importante esta noche. Espero que me darás una buena noticia.

Cecilia sonrió y repuso:

—Ya sabes, mamá, que no me entusiasma Ricardo, pero haré lo que tú mandes.

La viuda estaba encantada de la sumisión de su niña, y ya daba por realizadas sus ilusiones.

Cecilia besó a su madre y se dispuso a salir de su lindo "boudoir". Su madre la retuvo, para decirle, excesivamente cariñosa:

—Celín, hijita... no te olvides de las flores de Ricardito.

—¡Oh, perdón! — exclamó la monísima criatura, fingiendo no haber visto encima de una mesita el "bouquet" que le había enviado su pretendiente.

Cogió, pues, las flores, y desapareció, encaminándose al "hall" de la casa, donde la estaba esperando Ricardo.

Al llegar a la meseta más baja de la escalera de las habitaciones superiores y particulares, Cecilia se detuvo, sin ser vista, para observar a Ricardo.

No había para menos.

El "pollo", que hacía ya rato había sa-

lido del cascarón, se acicalaba como una mujercita coqueta ante un largo espejo, contemplándose en éste de frente, de perfil y de todas las más inverosímiles maneras.

Después de arreglarse el nudo de la corbata, de alisarse el pelo, estirarse el frac, atusarse el bigotito y quitarse un hilo del pantalón, sacóse un frasco de un bolsillo del chaleco y vertió en sus manos unas gotas de su contenido, que era perfume; y frotóse las ropas para perfumarlas.

Cecilia no se cayó de espaldas por verdadero milagro, y resuelta a no hacer caso a un tipo como aquel "pollo" de treinta y pico, tiró las flores a una silla, tosió ligeramente, para avisarle de su llegada, y fué a su encuentro sonriente, como si le complaciera verle.

—¡Qué bella está usted, Cecilia! ¡Cómo me van a envidiar los que me vean con usted! — dijo él, estrechándole las manos.

—¡Qué galante y qué exagerado es usted conmigo, Ricardo! — respondió Cecilia.

El pretendiente, halagado, le ofreció su brazo, para salir, y entonces Cecilia, abandonándose completamente, gimió:

—¡Oh, Ricardo! Me siento muy mal... Hace poco me ocurrió lo mismo... No sé

qué me pasa... Creo que debería consultar al médico.

Ricardo acariciaba a Cecilia impunemente, aprovechándose de tenerla entre sus brazos, y le murmuraba palabras de aliento, para que se retornase; pero la muchacha continuó haciéndose la enferma, para dar la sensación de que su dolencia era grave.

—Cecilia, anímese... Esto no será nada... Cuando le dé el aire reaccionará usted.

—No puedo dar un paso, Ricardo. ¡Ay!... A mí me parece que tengo la "grippe"...

—¿Cómo?...

—Sí, la "grippe"... y creo no equivocarme... ¡Qué dolor de cabeza, Señor... ¡Ay mi vientre!

—No piense usted en calamidades, Cecilia. ¡Qué ocurrencia pensar en la "grippe"!

—Yo sé lo que me digo, Ricardo... Los síntomas de mi mal son igualitos a los del de una amiga mía, y tuvo la "gri... Lo sentiría por usted, Ricardo... ¡Es una enfermedad tan contagiosa!

Ricardo sacóse un pañuelo perfumado y se lo pasó y repasó por las narices, para ahuyentar, sin duda, el microbio... y como él le tenía mucho apego a la vida, decidió renunciar a salir con Cecilia aquella noche.

—Por lo que veo, Cecilia, reconozco que

será mejor que la vea a usted un médico. No se puede jugar con las enfermedades. Y como no quiero molestarla, permítame que me retire. Adiós... Celebraré mucho, fíjese, Cecilia, encontrarla completamente restablecida mañana.

—Adiós, Ricardo... y gracias. ¡Ay qué mal estoy!

Hizo Cecilia varias muecas... para dar a entender que lo que tenía en el estómago estaría mejor fuera... y Ricardo no se quedó un momento más a su lado. ¡La fiesta estaba ya bastante "aguada"!

Al verse sola, Cecilia, que no buscara otra cosa, cantó victoria, y ni corta ni perezosa se precipitó al teléfono y pidió un taxi a la Compañía.

¿Iba a salir sola?

Naturalmente, puesto que Ricardo la había abandonado...

¿No le aconsejó él mismo que fuera a ver un médico?

Pues a consultar su caso con un médico iba a ir.

Al poco rato, Cecilia entraba en el gabinete del doctor Teddy Pyncheon, un médico rural que había venido a la ciudad en busca de una posición y que encontró, ape-

nas llegado, el amor de la encantadora Cecilia.

Teddy se hallaba en su despacho estudiando unas fórmulas, trabajando lo mismo de noche que de día, afanoso de saber cosas nuevas.

El joven doctor extrañóse de ver a aquella hora a la gentil muchacha, a la que quería pero de la cual se apartaba, no considerando en condiciones de corresponder a su amor.

—¿Qué sucede, Cecilia? — le preguntó.

—¡Ay, Ted! Yo me encuentro mal... muy mal... No sé lo que tengo.

Teddy le tomó el pulso y le hizo sacar la lengua, para examinársela. Ella obedeció, pero le dijo, mirándole fijamente:

—No busques por ahí, Ted... No es mi lengua la que está mala... Es mi corazón.

—A ver...

Teddy, seriamente, se dispuso a auscultarla, pero entonces Cecilia, descubriendo, apartando el mantón que llevaba, la parte correspondiente a su corazón, puso al descubierto un cartelito con la siguiente inscripción: "Libre".

El doctor se azoró un tanto ante la grave manifestación de esa dolencia moral, y trató de rehuir el contacto de la angelical ena-

morada, pero Cecilia, que no amaba ni amaría a nadie más que a él en su vida, le obligó a declararse también vencido por el amor.

—Si nos queremos tanto, Ted, ¿por qué



...puso al descubierto un cartelito con la siguiente inscripción: "Libre".

no nos casamos? — exclamó Cecilia, estrechándose entre los brazos de su amado.

—Cecilia, niña mía, bien sabes que mi amor por ti es muy grande, pero yo no he logrado todavía vencer en mi carrera... no

hago más que empezar... y yo quisiera poder ofrecerte otra cosa que mi modesta situación en un pueblo...

—Sólo me importas tú, Ted... Yo contigo iría a cualquier parte.

—¿De veras, Cecilia?

—¡Ay, Ted, cúrame pronto el corazón!

—Si de mí sólo depende, curado está ya, nena, porque es imposible resistirte.

—¡Qué sabio eres, Ted!

Los abrazos menudearon, y Teddy estaba cada vez más encantado de la vida pero también más triste. ¡Qué raro!

¿Por qué estaba triste?

Muy sencillo: pensaba en lo que diría Cecilia cuando se convirtiese en la mujer de un médico de pueblo. Al presente todo era de color de rosa, pero luego, en plena realidad de las cosas, ¿no sufriría un desencanto la flor de la ciudad alegre y despreocupada?

Sin embargo, Cecilia se mostraba tan feliz, que Teddy cerró los ojos de la reflexión y dejó muy abiertos los del cariño.

La novia se empeñó en que aquella misma noche su madre supiera que iban a casarse, y quieras que no, Teddy acompañó a Cecilia hasta su casa.

¿Qué diría la ambiciosa viuda cuando vie-

se que su hija estaba loca por un mediquillo sin otra riqueza que la de sus ilusiones?

*
**

La señora Stoughton confiaba siempre sus asuntos a su hermano.

Este la había visitado aquella noche y se hallaban los dos conversando en el salón acerca de unas joyas que una millonaria arruinado se veía obligada a vender.

La viuda se había enamorado de un collar de perlas. De buena gana lo adquiriría, pero no disponía ni remotamente del importe que se pedía por él. Era, pues, preciso renunciar a tan bella joya, y, entregándosela a su hermano, le dijo, compungida:

—Devuelve este collar. Sólo podría comprarlo si Cecilia se casase con los millones de los Coult.

El hermano, que quería paternalmente a su sobrina, contestó:

—¿Estás segura de que tu hijo aceptará unir su vida a la de ese fanfarrón de Coult?

—¿Por qué llamas fanfarrón a Ricardo, Pepe? — objetó la viuda.

—Porque no es otra cosa, mujer.

—No se te ocurra decir tal cosa delante

de Cecilia... pues yo abrigo la esperanza de que llegará a casarse con Ricardo.

—No te oculto que tendría muy mal gusto...

—Ya no estamos en los tiempos románticos, Pepe, y la vida es hoy muy dura...

—No lo sabes bastante, Mercedes... Tú no puedes quejarte...

—Pero tengo derecho a aspirar a más... Con la ridícula renta que me dejó mi marido no tengo para nada...

—Somos unos ingratos, Mercedes... Yo tengo menos que tú y también vivo...

—Pero yo tengo una hija, Pepe.

—Razón de más para vivir mejor, no pensando sino en su felicidad.

—No pienso en otra cosa. Por eso le he buscado a Ricardito.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que ella, por su lado, se haya buscado el ideal con que todas vosotras soñáis?

—Cecilia siempre me hizo caso, porque sabe que yo no puedo desear sino su bienestar.

—Bien, bien... Allá vosotras... Y si tu hija se enamora de Coult... pero para ella.

—Tú no conoces bien a Ricardo.

—Y tú ¿de qué le conoces?

Aquí interrumpieron su conversación.

Cecilia acababa de llegar y se acercaba a ellos apresuradamente, llena de felicidad.

—¡Hola, tío!... ¡Mamita, hola!

La viuda creyó, al ver tan contenta a su hija, que su noviazgo con Ricardo era un hecho. Lejos estaba de suponer que Cecilia no había salido con Ricardo aquella noche, pues éste se marchó de la casa sin despedirse de la madre, y que el causante de la alegría de su hija era otro que Ricardo.

—¿Qué ocurre, hijita? — le dijo, abrazándola.

—Mamita, prepárate a conocer a tu futuro yerno, el verdadero elegido de mi corazón.

La viuda miró hacia la puerta del fondo de la habitación, para ver confirmada su creencia de que era Roberto el futuro yerno, y sufrió un desengaño que le fué difícil disimular al aparecer, en lugar del millonario, el médico rural, al que ya conocía por haberle visto en alguna reunión.

El hermano de la viuda sonreía por dentro, aplaudiendo la decisión de su sobrina, que no miraba otra cosa que la paz de su corazón, y la ambiciosa madre, apelando al disimulo, ofreció la mano a Teddy, quien, al principio desagradablemente sorprendi-

do por la fría acogida que ella le dispensaba, se tranquilizó y sonrió a su vez.

Para festejar aquel noviazgo tan inesperado, la viuda llenó unas copitas de licor, y al ir a llenar la suya se le cayó de las manos la botella, rompiéndose en mil pedazos al chocar contra el suelo.

—¡Pobre de mí! Temo que esto sea un mal augurio... — dijo, asustada.

Su hermano contestó:

—Tonterías, mujer... Se rompió porque se te cayó de las manos...

Los novios se habían apartado un poco de ellos, y así la viuda pudo decirle a su hermano, enojada:

—Yo he tenido mala suerte en todas las cosas, especialmente en los casamientos. Mira que enamorarse Cecilia de un pobretón...

—Si él la ha de hacer feliz, no te importe su pobreza. Con la felicidad no se juega, Mercedes.

*
**

Una semana después, al despertar, Cecilia recibió de manos de su doncella dos cajas, grande la una y discreta la otra.

Abrió la mayor y entre las rosas de un

precioso ramo encontró la siguiente tarjeta:

“Ricardo Coultis

¿Será posible que rechace usted los buenos propósitos de un hombre como yo?”

¿Qué le importaba a ella Ricardo? Apartó las flores y rompió la tarjeta.

En tanto, la viuda y Ricardo hablaban en un saloncito de la casa. Ricardo había traído personalmente, en su “auto”, las flores para Cecilia, y tramaba algo con la madre de ella.

—¿Y dice usted que la hermana de Teddy ha invitado a Cecilia a pasar unos días en el campo, con ellos?

—Sí, Ricardo, pero no se apure usted... La invitación de la hermana de Teddy es sólo una maniobra para atraer a Cecilia. El mediquillo ha caído en la trampa que le preparé...

—Confío en usted, señora... y le doy mi palabra de que esperaré el rompimiento de ese noviazgo absurdo... como esperarán esas cuentas que tiene usted por saldar que sea usted mi suegra. Entre los dos salvaremos a esa chiquilla incauta.

Cecilia había abierto la caja de reducidas dimensiones y dió un grito de alegría al

encontrar en ella un lindísimo "bouquet". Buscó en el fondo de la caja y encontró esta tarjeta:

"Teddy Pyncheon

Creo que tu mamá empieza a admitirme. Ella ha sugerido a mi hermana que os invite a pasar unos días en el pueblo. No faltes".

La enamorada muchacha estrechó contra su corazón las flores y pensó en la alegría que experimentaría pasando unos días en compañía de sus futuros parientes.

La ingenua criatura ignoraba los propósitos que animaban a su madre y a Ricardo mandándola al pueblo de Teddy y que consistían en procurar apartarla de un modo absoluto del médico con el cambio brusco de ambiente.

—Tengo entendido que la hermana de Teddy y su marido son una pareja muy plebeya. Esto le dará a Cecilia una idea de lo que es la vida rural — decía, en aquellos momentos, la viuda a Ricardo.

—Su plan me parece excelente... Cecilia no podrá aceptar el cambio... Allí verá cosas nuevas y desagradables, que usted procurará presentar más desagradables aún.

—Desde luego... No le quedarán, segu-

ramente, ganas de volver a enamorarse de un pueblerino.

—No se olvide de telefonarme el día que salgan y las veré en la estación del pueblo. Yo tengo un chalet en el pueblecito inmediato.

—Descuide...

*
**

A Cecilia no le costó el menor trabajo convencer a su madre de que debían aceptar la invitación que les hacía la hermana de Teddy.

Para fingir bien la comedia que representaba, la viuda se resistió un poco a acceder a los deseos de su hija, pero plegó velas en seguida.

Al llegar a Coldbrook, pueblo natal de Teddy, Cecilia buscó ávidamente a su novio, pero en lugar de éste vió a Ricardo, quien, haciéndose el sorprendido, fué a su encuentro, diciéndolas:

—¡Qué casualidad! Ignoraba que llegasen ustedes hoy. Al llegar el tren me detuve por puro azar, y estoy encantado de haberlo hecho. Estoy aquí de paso para mi chalet de verano. ¿Quiere ustedes usar mi "auto" para conducir las adonde me indiquen?

—Vamos a la casa del médico — dijo Cecilia, no dejando de buscar a Teddy.

—Preguntaremos en el pueblo — respondió Ricardo, empujándolas hacia su coche.



...estrechó contra su corazón las flores...

Las dos mujeres subieron al espléndido automóvil del millonario, pero en aquel momento se detuvo un Ford no lejos de él y se apeó una pueblerina, dirigiéndose hacia Cecilia, que acababa de subir al coche de Ricardo.

—¿Es usted la señorita Cecilia? — preguntóle.

—Sí, soy yo — dijo Cecilia, alegremente.

—Yo soy la hermana de Teddy.

—¡Ah! Tanto gusto... Se le parece usted mucho... Pero ¿por qué no vino él con usted?

—Teddy ha tenido que ir a curarle la pierna a la esposa del alcalde y me ha encargado que viniera a recoger a ustedes en el "auto". Si las señoras quieren seguirme...

Cecilia hizo una seña a su madre para que abandonase el mullido asiento del coche de Ricardo, y se encaminó, detrás de la hermana de Teddy, al Ford de ésta.

Ricardo se reía para sus adentros de las muecas que hacía la viuda al "acomodarse incómodamente" en el "cacharro" del mediquillo. Bien empezaba la lección a Cecilia...

En el coche, junto a la hermana de Teddy, se hallaba una niña, la hija mayor de aquella, que no tenía más de seis años pero sí un carácter capaz de revolucionar a la humanidad entera.

La niña chupaba una manzana en dulce ensuciándose el rostro y las manos. La viuda y Cecilia no pudieron reprimir un gesto de repugnancia... pero una criatura es una cria-

tura... y Cecilia no se desanimó por tan poca cosa como eran un "auto" que no valía ni un pito de sereno y una niña que les causaba escalofríos con su cara y sus manos pringadas de caramelo.

Al llegar a la casita, la hermana de Teddy, Isabel de nombre, hizo conducir a las forasteras a la habitación que les había reservado, amplia, ventilada y con dos camas. La criada, una vieja regañona, no les cayó en gracia ni ellas tampoco a ella, añadiéndose, pues, una nota desagradable más a las dos ya observadas.

Isabel encontró a su hijito con un poco de fiebre y le preparó una tacita de aceite de ricino para purgarlo. Pero el chiquillo, que apenas tenía un año, era listo y apartaba la taza con sus manecitas, dispuesto a tirarla al suelo.

Cecilia, arregladas sus cosas en su habitación, bajó al piso inferior para ofrecerse a ayudar a su futura cuñada.

—¿Está usted purgando al niño? — le dijo—. ¡Qué revoltoso es! ¿Me necesita usted para algo? Dígalo con franqueza, ¿sabe?

—¿Quiere usted llevarse a Sally arriba, mientras yo le doy el aceite a su hermanito?

—Con mucho gusto.

Cecilia se llevó a la niña al saloncito del pi-

so superior, y, para distraerla, le leyó un cuento publicado en un periódico ilustrado.

La chiquilla la escuchó con agrado, y tras un cuento pidió otro y otro, llegando a cansar a Cecilia, no acostumbrada a tratar con niños.

De pronto oyóse abrir la puerta y Sally exclamó:

—¡Es el tío Teddy! ¿Te has lavado bien el cuello y las orejas?

Cecilia se echó a reír y corrió al encuentro de su amado, pues era él, en efecto, el recién llegado.

Se besaron, y Sally, celosa, protestó, pero su tío, dándole una moneda para que se comprara otra manzana en dulce, la hizo desaparecer de allí, donde tanto trabajo, y tan bien pagado, tenía con Cecilia.

Esta, que, francamente, empezara a aburrirse, dijo a su novio:

—¡Oh, Ted, esto es el cielo... cuando tú estás aquí!

Deseaba que no se separase un momento de su lado, y he aquí que Isabel irrumpiendo en el saloncito, dijo a su hermano:

—Debes ir en seguida a ver a Amy Smith que se ha cortado en un dedo.

Fiel cumplidor del deber, Teddy desapareció, y Cecilia, entristecida, pasó por la tortu-

ra de soportar de nuevo a Sally, que le pidió otro cuento.

Poco después regresó Teddy, pero apenas lo hubo hecho se presentó en la casa un niño para requerirle urgentemente.

—Venga, doctor... La señora Web está muy enferma...

Cecilia trató de retener consigo a Teddy, pero éste, apartándola cariñosamente, le dijo:

—Lo siento mucho, amada mía, pero estaré toda la noche fuera visitando enfermos. Han sabido que acabo de llegar, y me llamarán de todas partes.

La viuda, en tanto, se reía...

*
**

Una noche en casa de los hermanos del médico era la demostración de que no basta tener sueño para dormir.

Florencio, el esposo de Isabel, modesto funcionario, se paseaba de largo en largo de su habitación meciendo al angelito de un año que lloraba como un becerro con cuerda para ocho días.

Pero el rorro era tan terco, que ni meciéndolo se quería callar.

Isabel, en el lecho, procuraba que Sally no se despertase, pero como ella no lo quería,

la niña se despertó, para llevarle la contraria siempre.

Y allí se armó Troya, no durmiendo nadie. Cecilia cubrióse con una bata y llamó a la



Cecilia trató de retener consigo a Teddy...

puerta de la habitación de sus futuros cuñados.

—Adelante — dijo Isabel.
Apareció Cecilia.

—¿Puedo ayudarla en algo? — preguntó.

—¿Quiere usted cantarle una canción a Sally, para que se duerma? — respondió Isa-

bel, levantándose para ir a relevar a su marido.

Y Cecilia pasó una noche deliciosa.

Llegó el nuevo día, llegó la tarde... y Ted seguía sin volver.

Cecilia no lograba verse un momento libre de Sally, y le llevaba ya léidos cerca de cuatro a cinco mil cuentos.

Para colmo de desdicha, el fuego de la cocina se apagó estando ausente Isabel, y Sally, dándose cuenta de ello vino a decirle a Cecilia que lo encendiera.

Cecilia, deseosa de ser agradable a sus futuros parientes, no se negó a meterse en la cocina, y salió de ella convertida en carbonera, a juzgar por la cara que se puso removiendo el fuego.

Hacia el atardecer se presentó Teddy en su casa, fatigado, con los ojos medio cerrados por el sueño y con una barba de dos días negrísima. Al llegar se dejó caer en un sillón, para dormir.

Cecilia, al verle, le despertó, exclamando, quejosa:

—¡Qué espera más larga, Ted! Creí que no volvías...

—Hija mía, yo no puedo desatender a mis enfermos...

—¿Pero en este pueblo está todo el mundo enfermo?

—Cálmate, nena... Afortunadamente eso no ocurre todos los días...



—Cálmate, nena...

—¡No! ¡No! ¡Yo no puedo vivir así! Esto es un infierno.

—Pero, Cecilia...

—Tus sobrinitos son inaguantables, y tú... y tú... tú, ¿por qué no te afeitas?

En vista de la actitud que tomaba Cecilia, Teddy le respondió, secamente:

—No he tenido tiempo. Probablemente el elegante Coultts estará a estas horas bien afeitado y perfumado...

Cecilia se calmó, y dijo a Teddy, después de reflexionar breves momentos:

—Lo siento, Ted, pero veo que yo no serviría para esposa de un médico de pueblo.

Y le devolvió el anillo, y salió, reuniéndose con su madre, que esperaba aquel final.

—Mamá — le dijo — telefona al tío que venga a buscarnos. Ya estoy harta de este pueblo... y he reñido con Ted.

La viuda se precipitó al teléfono y pidió comunicación con Ricardo, que se hallaba en su casa de verano.

—¿Es usted Ricardo?

—Sí, el mismo. Y usted es la señora Stoughton, ¿verdad?

—Sí, Ricardo. Estamos de enhorabuena... Cecilia ha roto con Teddy... y quiere regresar a la ciudad.

—Vuelo al encuentro de ustedes.

Al poco rato, Ricardo se presentaba ante Cecilia en el momento en que ésta se disponía a ayudar a su madre a liar las maletas, lista ya para marcharse.

—Hola, Cecilia. He venido a invitar a ustedes a mi casa de campo. Mi hermana y mis invitados les proporcionarán a ustedes unas ho-

ras deliciosas. Precisamente esta noche damos una gran fiesta para celebrar el triunfo en una importante causa de un abogado amigo mío.

Cecilia se dejó deslumbrar, y como su madre pretextó tener que quedarse aquella noche allí, para esperar a Teddy y despedirse, partió sola con Ricardo en el lujoso "auto" de éste.

El millonario quiso permitirse durante el camino alguna libertad con Cecilia, pero ella lo rechazó enérgicamente, dándole a entender que aquella no era la manera de llegar a conquistarla; y como el despreocupado Ricardo no se dió por aludido, ocurrió que no avisó la llegada del coche a un niño que atravesaba la carretera, atropellándole.

Cecilia dió un grito y trató de forcejear con Ricardo para que se detuviera.

—¡Hemos atropellado a ese niño! — exclamó.

Ricardo se encogió de hombros y repuso:

—Mírelo como corre por el bosque... No ha sido nada, y yo no me detengo cuando a alguien se le ocurre ponerse delante de mi "auto".

Cecilia había visto correr al niño, pero quedó intranquila, porque ella le había visto caer bajo las ruedas...

*
**

La fiesta en casa de los Coult's era una verdadera orgía. El millonario, abusando de la soledad en que se encontraba allí Cecilia, pretendía sacar partido de aquella ocasión, y, con unas copitas de más, se le mostró tan repugnante como audaz.

A aquellas copitas Ricardo fué añadiendo otras, y Cecilia, convencida de los insanos propósitos de aquel ocioso, que le destrozó, en sus arranques lúbricos, el vestido, huyó, sin rumbo, entre las tinieblas de la noche, refugiándose en la única casa que a su paso encontró iluminada.

Su asombro no tuvo límite al verse ante Teddy, que estaba curando a un niño, junto al cual, la madre de la criatura, lloraba sin consuelo.

Teddy miró severamente a Cecilia y le dijo:
—¿Por qué vuelves?

Ella, acercándose humildemente, maravillada de la conducta de Teddy, le dijo, suplicante:

—No me riñas, Ted... Si tú supieras... Pero ¿cómo estás operando solo, a estas horas?

—Es un caso urgente. Tengo miedo de que

sobrevenga una hemorragia interna y he mandado llamar otro médico.

La madre de la criatura gimió:

—¡Pobrecito hijo! ¡Aquella infame pareja que iba en el automóvil me lo ha matado!



...se le mostró tan repugnante como audaz.

Cecilia ahogó un grito en su garganta. ¡Aquel era el niño atropellado por el "auto" de Ricardo!

Teddy dijo a la mujer:

—No llore más y alúmbreme con esa lámpara.

La infeliz madre acató la orden, pero temblaba, y Cecilia, apiadada de ella, y considerándose en parte culpable de aquella desgracia, se encargó de alumbrar a Teddy con la lámpara, supliendo a la pobre mujer.

Teddy miró a Cecilia, extrañado de su acción generosa, y ella, entonces, llorando amargamente, le dijo:

—¡Sálvate, Ted, sálvate! ¡Yo iba en el "auto" que atropelló a este niño!

Teddy se estremeció de horror y compasión a un tiempo, y viendo el sincero arrepentimiento de su amada, le contestó:

—Calma, Cecilia, ayúdame y todo se arreglará.

Después de una terrible lucha del médico, entre el llanto de la madre, la infantil Cecilia quedó convertida en mujer, y cuando llegó el médico llamado por Teddy, el niño estaba salvado.

El colega felicitó a Teddy calurosamente, no echando al olvido a su ayudante, Cecilia, que lloraba en un rincón, considerándose indigna de ser amada por un hombre tan generoso como Teddy.

Pero Teddy, queriéndola en aquel momento más que nunca, se acercó a ella, la acarició y le hizo cambiar por unos rústicos sus zapatos de "soirée", desgarrados por su carrera por

los campos, en busca de un asilo donde cobijarse aquella noche, cuando huyó de la casa de los Coultts, donde Ricardo había encontrado un "entretenimiento" de acuerdo con su criterio...; y le dijo:

—Eres tan buena como hermosa, Cecilia, y yo quiero que seas mi esposa.

¡Ella le miró con los ojos arrasados de lágrimas, y se abandonó en sus brazos, agradecida y enamorada como nunca.

Y al cabo de unas horas, el doctor Teddy se presentaba en su casa con Cecilia, en el preciso instante en que la viuda se despedía de Isabel y su esposo, para ir a reunirse con Ricardo Coultts y su hija.

Al ver a su hija calzada con unos zapatos de pueblerina, la señora Stoughton la tomó por loca, pero Cecilia, sonriente, le explicó lo ocurrido y terminó así:

—Mamá, hemos hecho levantarse al Pastor para que nos case. Ted es ya tu yerno y yo soy la esposa más feliz del mundo.

—Pero...

—Ya estamos casados, mamá. Mira, Ted me ha atado el anillo para que no se me pueda quitar nunca más.

El tío de Cecilia, que había llegado al pueblo casualmente, para proteger los amores de su sobrina y Teddy, felicitó a los recién casados y consoló a su hermana, diciéndole, aparte:

—Pobre, pero honrado, hermanita... El otro merece un puesto en la cárcel, y si Teddy quisiera podría mandarlo encarcelar, por el atropello del niño que él ha salvado con Cecilia.

Pero Teddy y Cecilia no pensaban en vengarse de Ricardito mandándole a la cárcel, sino únicamente en hacerle pagar una fuerte suma para el niño, a fin de darle una buena lección de generosidad.

Sally, al ver otra vez a Cecilia, le dijo:

—Léeme otro cuento.

Pero esta vez Cecilia le contestó:

—Mira, pequeña, ahora soy tu tía, y esa señora viene a ser como tu abuelita, ¿sabes? Ve y dile que te lo lea ella.

Y la mandó a su madre, la viuda.

Y así Cecilia consiguió marear un poco a su madre, para que aprendiera a hacer callar a los niños, para cuando ella tuviera algunos...

Y el tío se reía, pero una lagrimita asomó a sus ojos al ver que su hermana, también completamente transformada, estrechaba contra su corazón a Sally, dispuesta a ser para ella una buena abuela.

F I N